

Ctrl+Alt+Supr

UN ANHELO estremece y obsesiona a los espíritus más sensibles del sector del libro: ser recibidos en el Ministerio de Cultura con el mismo secreto y circunstancia con que lo ha sido hace unos días “lo más granado de la industria cinematográfica”. Esa reunión de características casi clandestinas (¿se darían citas previas de seguridad?), a la que acudió una veintena larga de directores, productores y distribuidores para discutir los problemas y las soluciones del cine español, fue presidida por el mismísimo CAM (no confundir, por favor, con las siglas de la Canadian Association of Magicians), lo que indica la extrema importancia concedida al encuentro. Ahora, editores, libreros y distribuidores no ocultan sus celos ni su sensación de postergación, y mis topos me avisan de que, subterráneamente, ya se está formando un movimiento extremista de protesta que, bajo la consigna de “¡Vivan las negociaciones secretas!”, podría intentar ocupar la Dirección General del Libro, y exigir un rescate al Ministro a cambio de la libertad de su titular y de la apertura inmediata de conversaciones en las que se tratarían, por ejemplo, asuntos como la desgravación fiscal para las industrias culturales, la reconversión de las librerías, el Observatorio del Libro, el control de las dotaciones para fondos bibliográficos, y un largo etcétera de papel y digital. El nuevo clima de secreto ministerial coincide, por cierto, con el lanzamiento publicitario del libro de Mari Pau Domínguez *La casa de los siete pecados* (Grijalbo), una premiada novela histórica (cuya lectura he abandonado, a pesar de los entusiasmos de Saramago consignados en la faja de la cubierta), cuya acción transcurre precisamente en la llamada “Casa de las siete chimeneas”, que constituye —se lo recuerdo— la parte más noble (siglo XVI) de las actuales dependencias del Ministerio. Fue allí, quizás en misterioso aposento o en húmeda mazmorra sin luz, donde CAM y los cineastas, reunidos durante mucho tiempo (“las horas se encadenaron unas a otras en un rosario de incertidumbres”, puede leerse en la novela citada), arreglaron definitivamente el cine español y pulsaron metafóricamente las teclas liberadoras Ctrl+Alt+Supr para cancelar todos los malos —malísimos— rollos que le afectan. Ahora los del libro exigen igualdad de trato.

Dios

PROBABLEMENTE Dios existe, pero, al cabo, tal vez no sea más —ni menos— que una

ecuación perfecta. Estamos demasiado hechos a la tradicional iconografía que lo representa como un patriarca barbado —tal como la interpreta Miguel Ángel en la Sixtina y William Blake en sus magníficas acuarelas— como para que nos sea fácil concebirlo de forma tan abstracta. Y, sin embargo, quizás ése resulte el modo más adecuado para explicarnos su naturaleza Trina (y, sin embargo, Una). Entre la incesante avalancha de libros acerca de Dios y la religión (una de las tendencias indiscutibles de la no ficción en esta primera década del milenio) me detengo en el del matemático John Allen Paulos, quien pulveriza a su modo en *Elogio de la irreligión* (Tusquets) los argumentos clásicos (incluyendo la “apuesta” interesada de Pascal) y modernos (el “diseño inteligente”) para concluir ingenuamente que “reconocer honestamente la ausencia de buenos argumentos lógicos para creer en la existencia de Dios (...) podría contribuir a que este mundo se aproximara más a un cielo en la Tierra”. El astrónomo Mario Livio intenta responder en *¿Es Dios un matemático?* (Ariel) a otra pregunta menos retórica y mucho más acuciante: “¿Cómo es posible que la matemática, un producto del pensamiento humano independiente de la experiencia, se ajuste de modo tan perfecto a los objetos de la realidad física? La aparente omnipresencia de la matemática (y, por tanto, de la música) en las explicaciones del mundo informa una fecunda tradición, iniciada en los pitagóricos, que recoge magistralmente Joscelyn Godwin en la recopilación *Armonía de las esferas* (Atalanta). En cuanto al actual debate en torno a Dios —y a las implicaciones que la fe o su carencia reviste para la cultura laica y democrática— he leído con provecho la civilizada e inteligente discusión a tres voces filosóficas (Giovanni Vattimo, Michel Onfray y Paolo Flores D’Arcais) recogida en *¿Ateos o creyentes?* (Paidós), un interesante librito que puede terminarse en el autobús mientras uno se dirige al Obispaño a enterarse de los trámites para declararse apóstata (de acuerdo con el canon 751 del Código de Derecho Canónico) o, si corresponde, para inscribirse en el seminario diocesano.



Ilustración de Max.

Sádico

CON JULIETTE o *Las prosperidades del vicio*, la editorial Tusquets añade otra obra fundamental a la (innominada) biblioteca Sade de su serie La Sonrisa Vertical. Al igual que *Justine* o *Los infortunios de la virtud* —de la que es continuación y reflejo in-

vertido— la historia desarrolla un argumento novelesco más complejo que otras obras del “Divino Marqués” (por ejemplo, *Las 120 jornadas de Sodoma*, también publicada en esta misma colección), aunque su prolijidad (968 páginas) y excesivas digresiones filosóficomorales la siguen convirtiendo en un hueso difícil —y no muy apetecible— de roer. Juliette, la hermana viciosa de la desdichada Justine, aprovecha la estancia en el convento para corromperse y abandonarse al disfrute de la perversión y del mal, en los que se inicia gracias a los oficios de la abadesa. A partir de ahí, la protagonista inicia un camino de desenfreno y crueldad cuyo sentido viene expresado en su parlamento final: “Lo confieso, me gusta el crimen de una forma horrorosa, sólo él irrita mis sentidos, y profesaré sus máximas hasta el último momento de mi vida (...) La naturaleza no ha creado a los hombres sino para que se diviertan de todo de lo que disponen sobre la Tierra; ésta es su ley más preciada, será siempre la de mi corazón. Tanto peor para las víctimas...”. Palabras terribles (y, por cierto, merecedoras de una traducción menos apresurada) que, en todo caso, recuerdan —como señalan Adorno y Horkheimer en *Dialéctica de la Ilustración* (Akal)— que la obra de Sade, como la de Nietzsche, representa (al contrario que la de Kant) “la crítica intransigente de la razón práctica (...) Esta crítica eleva el principio científico a principio destructor”. A Sade no hay que leerlo como narrador, sino como filósofo que transforma el hecho aberrante en “aberración lógicamente estructurada” (Klossowski), a partir del único y absoluto principio de la transgresión de todas las leyes, y por medio de una insólita herramienta filosófica: la pornografía. Maldito sucesivamente por la Monarquía absoluta, por la República, el Terror y el Imperio, Sade cree que el placer —del que el horror no es más que otro nombre— es lo único que pone verdaderamente en jaque al orden establecido. Se comprende que su estela teórica fascinara no sólo a los surrealistas, sino a los “transgresores” intelectuales *soixante-huitards*. Eso era, claro, antes de que Pol Pot viniera a poner las cosas en su sitio. •

Realidad y metáfora

El lobo

Joseph Smith
Traducción de Cruz Rodríguez Juiz
Mondadori. Barcelona, 2009
121 páginas. 13,90 euros

El llop

Traducción de Ernest Riera
Amsterdam Llibres. Barcelona, 2009
136 páginas. 15,95 euros

Por José Manuel Sánchez Ron

¿QUÉ SENTIRÍA un humano si fuese un lobo? Un humano, por supuesto, lo suficientemente sensible, que reaccionara ante el medio que le rodea y que meditará acerca de lo que es su vida y sobre lo que su naturaleza le inclina a hacer. En esencia, tal es la trama de esta maravillosa y conmovedora *novela* (por caracterizarla de alguna manera; también podríamos pensar en ella como un elegante y sutil tratado sobre la naturaleza animal).

Por supuesto, la idea de hacer protagonista de una novela a un animal no humano no es nueva. Todavía, por ejemplo, permanece en las librerías *Firmin*, la rata aficionada a los libros ideado por Sam Savage, y recuerdo, entre otras manifestaciones no muy alejadas en el tiempo de este tipo de literatura, *Yo, el gato*, de Soseki Natsume. Sin embargo, en estos dos casos, al igual que en muchos otros, se trata de animales *contaminados* por las costumbres y valores humanos: Firmin, la rata lectora; el gato de Natsume, observador y crítico de la sociedad japonesa. Por el contrario, Joseph Smith trata de adentrarse en lo que, si poseyera el tipo de facultades mentales y juicios valorativos de que disponemos nosotros, pensaría un lobo que busca alimento en el bosque, durante un frío invierno, a la postre, su último invierno. Lo que mueve a este animal —tan poco simpático para la mayoría de nosotros— es la necesidad de alimentarse, pero no por ello es ajeno a lo que ve y a lo que hace, ni tampoco deja de

ser consciente de que hace lo que tiene que hacer, aquello para lo que, como acaso diríamos hoy, está programado y que da sentido, y dignidad, a su vida. Tras fracasar con su primer objetivo, una no identificada *bestia*, se dice a sí mismo que, aunque cansado y hambriento, y enfurecido por la ocasión perdida, está “orgulloso de corazón” por lo que es y “orgulloso por lo que la bestia ha hecho por escapar de lo que yo hago”. Tampoco deja de advertir la naturaleza que le rodea: “Al despertar descubro que ha parado de nevar y hace un día espléndido”, nos dice, y con él recuperamos sensaciones que el mundo actual, con sus ciudades de vidrio, cemento y acero, y ubicuos caminos de asfalto, no nos facilita, la maravillosa sensación de “un día invernal perfecto, sin viento, con un aire luminoso y claro y olor a fresco y limpio y todo radiante bajo la brillante luz amarilla del sol que empapa todas las cosas, reluciendo en la nieve blanca azulada y centelleando en el hielo que cuelga de los árboles”.

Acuciado por el hambre, el lobo tiene que traicionarse a sí mismo contentándose con una simple liebre, y se lamenta por ello. Aun así, no le es suficiente, y a la vista y olor de un rebaño de ovejas se ve obligado a

abandonar el bosque y adentrarse en el territorio del hombre. Pero éste lo descubre y siente miedo: “¡El terror! Ésa es la fuerza que me ha lanzado colina arriba como una centella, de vuelta a la seguridad de los árboles”. Llega entonces lo que constituye el clímax de la novela: la confrontación entre el lobo y el astuto, aunque herido y desvalido, zorro. Al igual que con la bestia y otros animales que aparecen en la obra, ambos hablan entre sí, comunicándose a través de las miradas y de los gestos, un sutil y elegante recurso que introduce Smith en su, en este sentido, innovadora novela.

Podría continuar esbozando la trama de este libro, pero no debo. Basta con recomendar su lectura, advirtiéndole que se trata de un texto que al mismo tiempo que nos habla de “los otros animales” lo hace también de nosotros mismos, del sentido de nuestros actos, de cómo asumimos o dejamos de asumir la responsabilidad de lo que hacemos, al igual que de nuestra relación con la naturaleza, cada vez más un “objeto” en el que apenas reparamos. En este sentido, *El lobo* es más que una historia circunstancial, delicada y bien narrada. Es una alegoría sobre la práctica y el sentido de la vida en este planeta nuestro. •